

Antonio Millán-Puelles, *in memoriam*

Sergio Sánchez-Migallón(*)

Son muchos los pensadores -especialmente filósofos-, y de diversas generaciones, los que podrían y querrían sin duda dejar constancia de su gratitud a don Antonio, quien nos acaba de dejar. Por ello, entre otros motivos, no pretendo recoger aquí la huella y rastro que la figura y obra de Antonio Millán-Puelles ha dejado en tantas personas, e incluso en el panorama intelectual español de varias décadas. Lo único que puede acaso singularizarme, y que me mueve a poner estas líneas, es mi amistad personal -que siempre es irrepetible- con quien me inició en la filosofía, y el poder considerarme el último, en el sentido cronológico, de sus discípulos.

Cuando en el otoño de 1983 comencé mis estudios en la Universidad Complutense no era del todo nuevo para mí el mundo de la filosofía, aunque sí sus círculos académicos. Había oído hablar, sin embargo, de Millán y sus obras, especialmente de sus *Fundamentos de filosofía*. Ya en el primer curso de carrera ese libro me sirvió de ayuda para contrarrestar la sensación de dispersión que a veces tenía ante las materias tan diversas que empezaba entonces a estudiar. Encontré allí un verdadero *manual* de filosofía, donde no se recopilaban contenidos que había que aprender, sino donde se introducía al lector en un claro discurso pensado en voz alta y en un diálogo abierto y suelto con todas las objeciones y pensadores que salieran al paso.

Así que, al inicio del curso siguiente me presenté a Millán con idea de asistir a sus lecciones, aunque éstas las impartía dos cursos por encima del mío. Inmedia-

(*) Doctor en Filosofía y Teología. Profesor de la Universidad de Navarra.

tamente Millán pasó a ser, para siempre, don Antonio. Escuché, pues, las lecciones de don Antonio sobre Teología natural (la asignatura que entonces impartía) durante tres cursos académicos. Durante esos años aprendí mucho, pues no era don Antonio un profesor que repitiera lecciones. Eran sus clases verdaderos ejercicios de pensamiento estrictamente filosófico. No es fácil olvidar la claridad de su discurso (sobre lo cual llegó a escribir un conocido artículo), que no sólo era motivado por ser la “cortesía del filósofo”, sino por el pulcro examen a que sometía las tesis en liza. Verdaderamente poseía una finura analítica poco común. “¿Y eso qué quiere decir?”, recuerdo que me preguntaba (con su acento andaluz matizado con el castizo madrileño) cuando le refería alguna idea demasiado gruesa o precipitada, por muy bien sonante que fuera. Pronto -antes incluso de que la filosofía de Tomás de Aquino fuese una de sus mayores inspiraciones- había estudiado en profundidad don Antonio el pensamiento de Edmund Husserl (de cuyas *Investigaciones lógicas* decía que le habían librado del relativismo), y el de su maestro Franz Brentano, de lo que doy personal testimonio gracias a la ayuda que me prestó en mi tesis doctoral y al prólogo que para su publicación me escribió. Y verdaderamente puede decirse de Millán lo que comentaban los alumnos de Husserl sobre sus lecciones en Gotinga: “nos enseñaba a argumentar y a responder no en billetes grandes, sino en calderilla”. En lo cual recordaba, también, a Manuel García Morente, a quien (junto con Leopoldo Eulogio Palacios), había tenido por maestro en Madrid.

Con esa habilidad de discernimiento conceptual, igual daba discutir con Tomás de Aquino que con Kant, con Platón que con Descartes; y lo mismo daba quien fuera para aceptar sus tesis en virtud de la evidencia de su verdad, o para rechazarlas por internamente contradictorias o por contrarias a la más palmaria experiencia. Lo que no había era lugar para la ambigüedad, ni para dejar pasar juicios sin examinarlos rigurosamente. Pienso que don Antonio nunca juzgó la calidad intelectual de ninguna idea o persona movido por prejuicios o por la precipitación. De esta manera, no sólo nos contagiaba a sus alumnos un hambre de apurar hasta el final, con toda la calma precisa, los argumentos y contraargumentos, sino también una familiaridad y cercanía a las obras mismas de los grandes filósofos (a las que casi siempre teme el joven alumno). Efectivamente, sus lecciones estaban preñadas de citas de los filósofos cuyas ideas comparecían, textos bien traídos y leídos en el idioma original que fuera (que después traducía e ilustraba con toda soltura). No era ciertamente don Antonio muy amigo de referencias de segunda mano, y aquello daba a su discurso -como bien se sabe por experiencia- una fuerza y vitalidad que sólo los pensadores de primera fila transmiten. No se me olvidará, por ejemplo, su interés cuando le hice saber la reciente publicación de las *Vorlesungen über Ethik und Wertlehre*, de Husserl, ni tampoco lo que me costó llevarle a su casa el excluido de préstamo volumen de la *Husserliana*, pues don Antonio ya estaba jubilado y algo delicado de salud, ¡pero quería tener el libro en sus manos y leerlo cuanto antes!

Puede ser verdad que esa raza y estilo se encuentren en muchos profesores de filosofía. No lo sé, seguramente así será; yo lo hallé, por vez primera, en don Antonio, y por ello le debo honda gratitud.

En ese tiempo también me instruí con otras obras de don Antonio, especialmente con su *Léxico filosófico* y con *La estructura de la subjetividad*. La primera es una buena muestra de amplitud de conocimiento y al mismo tiempo del ejercicio de esgrima conceptual -y de lenguaje, que dominaba a placer- a que nos tenía acostumbrados su autor. La segunda -obra más temprana y aún, me atrevo a decir, por descubrir- me hizo ver la fecundidad del método fenomenológico y cómo puede ser manejado éste desde una actitud realista y aplicado a los problemas antropológicos más profundos y de experiencia más común a la vez.

Al término de esos años don Antonio se vio obligado -por fuerza de una ley que anticipaba la jubilación de los profesores de universidad- a abandonar las aulas y la facultad. Para algunos de nosotros eso no fue obstáculo para seguir beneficiándonos del pensamiento y la amistad de don Antonio. Así, un pequeño grupo nos reuníamos en su casa de la Residencia de Profesores, junto al Rectorado de la Complutense, la mañana de los sábados. Y corta se nos hacía, comentando, con toda calma, un diálogo de Platón, alguna de las *Investigaciones lógicas* de Husserl, o el *De ente et essentia* de Sto. Tomás. Para el mismo don Antonio, ese periodo de jubilación (que el fondo deseaba: "Mi sueño es el del marxismo: una sociedad sin clases", comentaba a veces con su notable humor) fue sumamente prolífico. El fruto más granado de ese trabajo es, sin duda, su *Teoría del objeto puro*, obra que indudablemente merece todavía mucha más atención y estudio de los que se le ha prestado. A ese libro siguió el sugerente *La libre afirmación de nuestro ser*, que ofrece una visión muy fresca de la ética clásica; después de ése aparecieron otros más, quizá de menor calado, pero no menos interesantes.

Y es que don Antonio era un trabajador infatigable (la pausa, aun merecida y justificada, la tenía por pereza), sin que esa premura se convirtiera en precipitación. Hasta que las fuerzas le dejaron -y no le faltaron quebrantos en su salud durante años, a los que siempre lograba sobreponerse- estuvo escribiendo; y providencialmente la última obra que ultimó versaba sobre la inmortalidad del alma humana. Quiera Dios que ahora disfrute junto a Él de esa inmortalidad. "La filosofía es la búsqueda y el amor a la verdad -me dijo en una ocasión-; y Cristo ha dicho: 'Yo soy la Verdad'".